

# EL OCCISO

## I

11 de abril de 1937

Fue como un despertar.  
Un despertar de sueño clorofórmico.  
Un despertar que venía de la nada, una  
nada hecha de pesadilla y de opresión.  
Le arrancaron la vida de cuajo.  
Y se congeló de Infinito.  
Y ya no sintió más.  
Se transformó quizá, en un trozo de hielo  
tal vez, en una piedra fría y negra.  
Y ya no fue.  
Ya no fue... Y ahora, *era* otra vez,  
Había vuelto de la nada, y en la nada seguía.  
Estaba formado de vacío, de silencio, de  
inmovilidad y de frío.  
De un frío de éter.  
Era ahora, de éter y de desesperación.  
Había despertado de un sueño clorofórmico, con una lentitud de siglos.  
Había despertado de un sueño de piedra, en una vida de hielo.  
Despertó muerto.  
Estaba muerto: ¡sin voz, sin movimiento, sin vista, sin calor!  
Con la sangre coagulada,  
Con los miembros yertos, tiesos y endurecidos.  
Con las pupilas fijas y dilatadas, como bolas de cristal.  
Con las manos crispadas, los oídos tapiados, y el cerebro en febril actividad...  
Entonces, su desesperación, su angustia,  
su vacío, su soledad y su silencio, se agudizaron, se exasperaron, y se poblaron de  
horror:  
se llenaron de tinieblas y de nieblas; de penumbras de orto y de oscuridades de  
pavor...  
Pensó.  
Primero poco a poco; después, con celeridad pasmosa, con velocidad  
inconcebible, atravesando todas las capas, y todos los límites, y todos los espacios.  
Galopó sobre el Tiempo y bebió la Distancia.  
Fue más allá de lo Eterno y lo Absoluto.  
Y el pensamiento se le rompió de pánico, se le quebró de espanto, se le trizó de  
miedo.